

J. P. de Caussade, S.J.

**TRATADO
DEL SANTO ABANDONO
A LA PROVIDENCIA
DIVINA**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA**

ISBN: 84-7770-402-3
D.L. Gr: 700-98
Impreso en Azahara SI
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Jean-Pierre de Caussade nació el 7 de marzo de 1675 en la región de Quercy (Francia) y a los dieciocho años, llevando ya acabados, a tan temprana edad, sus estudios de humanidades y de filosofía, el 16 de abril de 1693 ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Toulouse. Aun no había hecho sus votos cuando se le confió, en octubre de 1694, una clase de gramática en el colegio de Auch, célebre por sus estudios humanísticos. De ahí en más, y durante muchos años, este hombre que amaba el recogimiento y la paz interior se vería siempre cargado de ocupaciones exteriores, principalmente clases de humanidades y de filosofía, con frecuentes traslados de un colegio a otro de los varios que la Compañía tenía en la región. Comienza en 1702 sus estudios de teología en la Universidad de Toulouse, y a finales de 1704 es ordenado sacerdote, obteniendo al año siguiente su doctorado en teología. Tras la Tercera Probación bajo la dirección del P. Godounèche, su Profesión solemne hecha el 15 de agosto de 1708 no traerá al parecer ningún cambio en su actividad exterior: durante doce años más seguirá pasando de un colegio a otro, enseñando unas veces griego y otras filosofía, pero

su condición sacerdotal agrega ahora a esas tareas otras responsabilidades -confesor de los alumnos, prefecto espiritual de la casa, director de congregaciones internas en los Colegios, predicador en la ciudad- que lo van preparando para su verdadera vocación: la dirección de las almas.

Sólo hacia el año 1720 se verá libre de tareas docentes y dedicado más intensamente a la predicación, a la dirección espiritual de religiosas, y también forma parte, al menos durante algunos años, de un equipo de jesuítas dedicados a las misiones urbanas para reavivar en ciudades y aldeas el fervor y la piedad popular. No obstante la absoluta solidez de su doctrina, no le faltan en aquellos años oposiciones y contradicciones, en una atmósfera aun enrarecida por el jansenismo y donde por otra parte la condenación, en 1699, de Fénelon y su pretendido quietismo no habían hecho sino exacerbar las polémicas entre los maestros de la vida espiritual. Sin embargo, en 1733 lo hallamos en Lorena como director de la Casa de Ejercicios fundada en Nancy pocos años antes, y con una actividad muy intensa en la dirección espiritual de las religiosas del monasterio local de la Visitación, que son las que han conservado y transmitido para la posteridad la mayor parte de sus escritos. En 1740 pasa a Perpignan como rector del Colegio que los jesuítas tienen allí, y en esa ciudad se imprimen, al año siguiente, sus Instrucciones espirituales. Tras haber sido luego superior en Albi, el P. de Caussade muere en Toulouse en 1751, a los 77 años.

El presente *Tratado* no salió de la pluma de su autor en la forma en que hoy lo conocemos. Su origen se halla en varias colecciones de cartas -que muchas veces constituyen verdaderos tratados sobre determinados temas- escritas por el P. de Caussade a diversas religiosas de la Visitación que -como ya dijimos-, el dirigía espiritualmente. Varias decenas de esas cartas, conservadas y copiadas según un ordenamiento temático en los monasterios de dicha Orden, junto con fragmentos de pláticas dirigidas por el mismo P. de Caussade a esas comunidades, constituyeron la base de la primera edición que, con el título de *L'abandon à la Providence divine envisagé comme le moyen le plus facile de sanctification, ouvrage inédit du R.P.J. Pierre de Caussade*, publicó en París en 1861 el P. Henri Ramière, S.J. con el editor Régis Ruffet.

El inmediato éxito alcanzado por esta edición impuso la necesidad de hacer una segunda al año siguiente. Para entonces, las Visitandinas de Nancy habían hecho llegar al P. Pamière otros dos cuadernos, que contenían respectivamente 101 y 24 cartas. Requerido en ese momento por otras ocupaciones, el insigne promotor del Apostolado de la Oración y de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no podía entonces realizar el trabajo de reelaboración que la integración de ese material hubiera requerido, y por ello optó por publicar en 1862 una reedición abreviada dejando para más adelante la edición de esa correspondencia hasta ahí inédita. Nuevas ediciones

se sucedieron en 1863 y 1864, hasta que finalmente una quinta edición, que vio la luz en 1867, comprendía el *Tratado* nuevamente en su texto íntegro complementado con 128 cartas y precedido por un “Discurso del editor sobre el fundamento y la verdadera naturaleza de la virtud de abandono para explicar y defender la doctrina del P. de Caussade”. Este texto ha sido desde entonces reproducido en numerosas ediciones, acompañado o no por las Cartas (que separadamente, desde 1961, han sido publicadas en dos volúmenes de la Colección “Christus”, en París, bajo el título de *Lettres spirituelles*, en una edición a cargo del P. Michel Olphe-Galliard, S.J.), y completado a veces con un Apéndice - que omitimos en la presente edición- que contiene una selección de textos de San Francisco de Sales, Santa Juana Francisca de Chantal, Bossuet y el P. Surin relativos a la virtud del abandono. Hemos creído útil conservar -por la especial afinidad que tiene con la Ofrenda diaria de los socios del Apostolado de la Oración- el breve Acto de abandono compuesto por San José Pignatelli, S.J., que junto con otros similares está incluido en la edición de 1964 que hemos utilizado para la presente traducción.

No creemos necesario emprender aquí una exposición detallada de la doctrina del P. de Caussade ni de las controversias a que dio lugar en un momento muy particular de la historia de la espiritualidad como fueron en Francia los siglos XVII y XVIII. Hoy la situación es muy distinta, y creemos que los

textos del P. de Caussade, con su prosa tersa y precisa, son lo suficientemente claros como para no dar lugar a interpretaciones equivocadas. Por ello, nos limitaremos a señalar brevemente, para orientación del lector, lo que podríamos llamar las ideas-claves -pocas y sólidas, lógicamente trabadas entre sí- que constituyen lo esencial de una doctrina que, bien comprendida y vivida, basta por sí misma, con la ayuda de la gracia que nunca falta, para asegurar la paz del alma aún en medio de las mayores tribulaciones, y para llevarla a la mayor santidad y perfección, siendo al mismo tiempo, por su sencillez, accesible a toda clase de personas y adecuada a todos los estados.

Una idea fundamental domina la doctrina espiritual del P. de Caussade: el *abandono* total y confiado en Dios, o sea el cumplimiento pleno -activo y pasivo- de su Voluntad sobre nosotros, tal como ella se vaya presentando en cada momento, a través de las circunstancias y de las criaturas que nos rodean, que a veces pueden a nuestra mirada superficial parecernos adversas pero sin embargo en el plan divino están todas ordenadas a nuestro bien y a la gloria de Dios. Así como las especies eucarísticas velan y ocultan la realidad de la presencia divina -y por eso la Eucaristía es un *sacramentum*, vale decir un misterio en el que las apariencias visibles velan y encubren otra realidad invisible- así también los acontecimientos y circunstancias que van entretejiendo nuestra vida no escapan en ningún caso a la amorosa disposición de

la Providencia divina y bajo ellos, como bajo las especies sacramentales, se oculta esta realidad de la acción divina que nos va santificando, que va realizando en nosotros, si somos dóciles y fieles, el diseño único e irrepetible que su amor de padre trazó para cada uno desde toda la eternidad. Por eso será una expresión muy cara al P. de Caussade hablar del “sacramento del momento presente” para referirse a todo ese conjunto de circunstancias cotidianas que en cada momento nos ponen frente a una obligación, a un dolor, a una alegría inesperada o a un contratiempo imprevisto, que nunca vienen por obra del azar ni de la mala voluntad de algunos, que aunque bien pueden ser su causa inmediata, empero son siempre medios e instrumentos previstos en el plan del artífice divino de nuestra santificación.

“Un alma santa -definirá el P. de Caussade- no es sino un alma libremente sometida a la acción divina con la ayuda de la gracia”; “hay pues que amar en todo a Dios y su plan divino; hay que amarlo tal como se presenta, sin desear nada más”.

“Los deberes de cada momento son las sombras bajo las cuales se oculta la acción divina”. La santidad se reduce pues a una sola cosa: *la fidelidad al orden de Dios*. Y esta fidelidad está por igual al alcance de todos, tanto en su práctica activa (hacer la Voluntad de Dios) como en su ejercicio pasivo (aceptar lo que Dios dispone).

Por ello insistirá el P. Caussade en que ningún estado y ningún medio es de suyo indispensable para

la perfección y la santidad (ni el estado religioso, ni las largas oraciones, ni las lecturas espirituales, ni las prácticas de penitencia, ni el ejercicio concreto de tales o cuales actos de virtud) y al mismo tiempo ninguno la excluye (ni el cuidado de una familia, ni el desempeño de un oficio en el mundo, ni la falta de salud física o de estudios, etc., etc.). Pues todo ello son *medios* de los que hemos de usar en tanto en cuanto formen parte del plan de Dios sobre nosotros, y son escalones que han de ayudarnos a subir en la medida en que -aun bajo la apariencia de contradicciones y obstáculos- el designio amoroso de Dios los pone o los permite en nuestro camino. (Señalemos aquí, de paso, la raíz netamente ignaciana de esta actitud: hemos de ser *indiferentes* ante las criaturas y las circunstancias- salud o enfermedad, riqueza o pobreza, honor o deshonor, vida larga o corta, etc.- queriéndolas o dejándolas solamente *tanto cuanto* nos ayudan o estorban para nuestro fin, que no es otro que dar gloria a Dios sometiendo totalmente nuestra voluntad a la Suya).

Por lo demás, esta doctrina tiene su fundamento en el más sólido e irrefutable sentido común. Pues, por una parte, con nada glorificaremos tanto a Dios como con reconocer nuestra condición de criaturas cumpliendo lo más exactamente posible su Voluntad. No es mejor intentar grandes empresas y acciones heroicas y espectaculares, si lo que Dios nos pide es una vida oculta y anónima buscando la perfección en el cumplimiento fiel de los pequeños deberes cotidia-

nos; ni viceversa, refugiarnos con pusilanimidad y so capa de humildad en esa oscuridad aparentemente segura, si en verdad el Señor nos llamaba para cosas más grandes, que Él con su gracia nos ayudaría a realizar. En esto consiste la perfección -no es buscar concretamente esto o aquello- y no es otra cosa lo que Cristo nos enseña, ya que todo a lo largo y ancho de los Evangelios resalta como su única preocupación y objetivo el cumplir la Voluntad de su Padre: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum, ante Te... Ego, quae placita sunt ei facio semper... Meus cibus est, ut faciam Voluntatem eius qui misit me... Non mea voluntas, sed Tua fiat...* Por eso, la verdadera imitación de Cristo no consiste en hacer tales o cuales cosas, en vivir de tal o cual manera, sino ante todo en cumplir en nosotros su Voluntad, sea la que fuere. Y por otra parte, hemos de tener bien en claro que esto no constituye en modo alguno lo que nuestros contemporáneos intoxicados a veces de psicologismo llamarían una *alienación*, una limitación a nuestra propia “realización” personal haciéndola claudicar ante ese plan de Dios sobre nosotros que nos vendría de fuera como una imposición arbitraria y contraria quizá a nuestras propias aspiraciones. “Querías ir hacia el Oriente, y te lleva hacia Occidente”, escribe por ahí el P. de Caussade, para luego hacernos caer en la cuenta de que, si creemos de veras que Dios es nuestro Padre que nos ama con amor infinito y por lo tanto quiere para nosotros lo mejor; que es infinitamente sabio, y por ende no puede equivocarse y ve

mucho más allá de nuestros cortísimos alcances; que es todopoderoso y nada escapa a su poder, nada sucede fuera del plan de su Providencia, entonces pronto comprenderemos que no puede hacer para cada uno de nosotros, un “proyecto de vida” mejor que aquel que su paternal y amorosa Providencia esbozó desde toda eternidad para cada uno, como un modelo único e irrepetible, y por ahí es por donde nos “realizaremos” en plenitud, alcanzaremos nuestra propia perfección y nuestra mayor felicidad.

Por eso, hallaremos plena y total paz, suceda lo que suceda dentro o fuera de nosotros, si comprendiendo todo esto y sabiendo que nada viene sino de la mano paternal de Dios y para nuestro bien, nos abandonamos confiados en el regazo de su Providencia. Nada ni nadie podrá turbarnos, y aun aquellos que parecen afligirnos y perseguirnos, incluso los más malvados y animados de las peores intenciones, están trabajando para nosotros y para nuestra santificación y se cumple siempre aquello de que “para los que aman a Dios, todo concurre a su bien”. En esta vida no vemos sino el revés de la trama, y así como el operario que trabaja en un gran tapiz sólo ve los puntos que anuda y al no conocer en ese momento el diseño total puede parecerlo caótico el entrecruzamiento de hilos y colores, así también nos ocurre a nosotros ahora. Pero “todos esos puntos anudados forman figuras magníficas, que sólo aparecerán cuando, una vez concluidas todas las partes, se expone a la vista el lado derecho del tapiz”. “Mientras

duró el trabajo” -vale decir, durante toda esta vida en que peregrinamos a tientas y muchas veces no alcanzamos a comprender el designio divino- “toda esa belleza y esa maravilla permanecieron en la oscuridad”.

Varios otros aspectos y facetas quedarían aun por señalar en esta rica y sólida doctrina del P. de Caussade -vgr. *el abandono* que también debemos tener en cuanto a conocer lo que Dios obra en nuestra alma o el grado de progreso espiritual alcanzado, o la comparación entre nuestro propio camino y los de otros, y la indiferencia en cuanto a los medios que nos han de ayudar y la medida en que debemos usarlos- pero estimamos que con lo dicho basta para introducir al lector y le dejamos la tarea y el placer de ir descubriéndolos por sí mismo.

Libro Primero

NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA VIRTUD DE ABANDONO

Capítulo I

La Fidelidad al orden de Dios ha hecho toda la santidad de los justos de la Antigua Ley, de San José y aun de la misma María

Dios sigue hablando hoy como hablaba a nuestros padres, cuando no había ni directores ni métodos. La fidelidad al orden querido por Dios constituía toda la espiritualidad, pero tal fidelidad no estaba codificada en un arte que la explicara de una manera tan sublime ni tan detallada, ni que contuviese tantos preceptos, instrucciones y máximas. Nuestras necesidades presentes lo exigen, sin duda. Mas no ocurría así en los primeros tiempos, cuando se tenía más rectitud y sencillez. En aquella época se reconocía que cada momento trae consigo un deber que hay que cumplir con fidelidad, y eso bastaba para los espirituales de entonces. Toda su atención se concentraba en ello momento a momento, a semejanza de la aguja que marca las horas y que, cada minuto, reponte al espa-

cio que debe recorrer. El espíritu de aquellos hombres, movido sin cesar por el impulso divino, se encontraba insensiblemente orientado hacia el nuevo objeto que se ofrecía a ellos, según Dios lo quería, a cada hora del día.

Estos, y no otros, eran los resortes ocultos de la conducta de María, la más sencilla y la más abandonada a Dios de todas las criaturas. La respuesta que dio al ángel cuando se contentó con decirle: *Hágase en mí según lo que has dicho*, resumía toda la teología mística de sus antepasados. Todo se reducía en ella, como se reduce hoy, al más puro y más simple abandono del alma a la voluntad de Dios, bajo cualquier forma que ella se presentase.

Esta hermosa y elevada disposición, que constituía todo el fondo del alma de María, resplandece admirablemente en esta sencillísima palabra: *Hágase*. Observad que está en perfecta consonancia con aquellas que Nuestro Señor quiere que tengamos sin cesar en la boca y en el corazón: *Hágase tu voluntad*. Es verdad que lo que se exigía a María, en ese momento célebre, era muy glorioso para ella. Pero todo el brillo de esa gloria no hubiera hecho impresión alguna sobre ella, si la voluntad de Dios, única capaz de moverla, no hubiera puesto allí sus miras.

Era esta divina voluntad la que la regía en todo. Así fuesen sus ocupaciones comunes o relevantes, no eran a sus ojos otra cosa que sombras, ya oscuras, ya brillantes, en todas las cuales hallaba igualmente ocasión de glorificar a Dios y de reconocer las operacio-

nes del Todopoderoso. Su espíritu, arrebatado de gozo, miraba todo lo que ella tenía que hacer o que padecer, en cada momento, como un don de Aquel que colma de bienes los corazones de los que sólo en Él -y no en las criaturas ilusorias y aparentes- hallan su alimento.

Capítulo II

Los deberes de cada momento son las sombras bajo las cuales se oculta la acción divina.

El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, dijo el ángel a María. Esa sombra, tras la cual el poder de Dios se oculta para producir a Jesucristo en las almas, es lo que cada momento nos presenta en cuanto a deberes, atractivos y cruces.

Pues todo ello no es, en efecto, otra cosa que sombras, como aquellas a las que damos este nombre en el orden de la naturaleza y que se extienden sobre los objetos sensibles como un velo que nos lo oculta. Así, en el orden moral y sobrenatural, los deberes de cada instante, bajo sus oscuras apariencias, ocultan la verdad del querer divino, único que merece nuestra atención. Es así como María los encaraba. Y así esas sombras que se proyectaban sobre sus facultades, lejos de inducirla a engaño, colmaban su fe en Aquel que es siempre el mismo. Retírate, arcángel, no eres

sino una sombra; tu momento pasa fugaz, y desapareces. María te sobrepasa, pues ella siempre avanza. Tú has quedado lejos, pero el Espíritu Santo que acaba de penetrarla bajo la forma sensible de esta misión, no la abandonará jamás.

Hay muy pocos rasgos extraordinarios en lo que se muestra al exterior de la Santísima Virgen. Al menos no es eso lo que la Escritura destaca. Su vida se nos representa en lo exterior como muy sencilla y común. Ella hace y padece lo que hacen y padecen las demás personas de su condición. Va a visitar a su prima Isabel como van las otras parientes. Se retira a un establo; es una consecuencia de su pobreza. Vuelve a Nazaret, de donde la había alejado la persecución de Heródes, y allí vive con Jesús y José, que trabajan con sus manos. He ahí el pan cotidiano de la Sagrada Familia. Pero ¿de qué otro pan se nutría la fe de María y de José? ¿Cuál es el secreto de todos sus momentos? ¿Qué descubren en ellos bajo la apariencia común de los acontecimientos que los van llenando? Lo que se ve desde fuera es semejante a lo que ocurre a los demás; pero lo invisible que la fe descubre y discierne en ellos es nada menos que Dios obrando en ellos grandes maravillas. ¡Oh pan de los ángeles, maná celestial, perla evangélica, sacramento del *momento presente*! ¡Tú nos das a Dios, bajo apariencias humildes como las del pesebre, el heno y la paja! Pero ¿a quiénes lo das? A *los hambrientos colma de bienes* (Lc. 1,53), Dios, se revela a los pequeños en las cosas más pequeñas, mientras que

los grandes, quedándose en la corteza, no lo descubren ni siquiera en las cosas grandes.

Capítulo III

Cuánto más fácil se nos haría la santidad si la encaráramos desde este punto de vista

Si la obra de nuestra santificación nos ofrece dificultades en apariencia tan insuperables, ello se debe a que no sabemos hacernos de ella una idea adecuada. En realidad, la santidad se reduce a una sola cosa: la fidelidad al orden de Dios. Y esta fidelidad está por igual al alcance de todos, tanto en su práctica activa como en su ejercicio pasivo.

La práctica activa de la fidelidad consiste en el cumplimiento de los deberes que nos imponen ya sea las leyes generales de Dios y de la Iglesia, ya sea el estado particular que hemos abrazado. Su ejercicio pasivo consiste en la aceptación amorosa de todo lo que Dios en cada instante nos envía.

¿Cuál de estos dos aspectos de la santidad está por encima de nuestras fuerzas? No ciertamente la fidelidad activa, puesto que los deberes que ella nos impone cesan de ser tales desde el momento en que su cumplimiento está realmente por encima de nuestras fuerzas. Si nuestro estado de salud no nos permite asistir a Misa, no estamos obligados a ello. Y así ocu-

re con todos los deberes positivos, vale decir todos aquellos que prescriben determinados actos a realizar. Solamente no admiten excepción alguna aquellos deberes que podríamos llamar negativos, que prohíben cosas que son malas en sí mismas, pues jamás sería posible que estuviera permitido hacer el mal.

Nada hay pues más fácil ni más razonable... ¿Qué excusa podríamos alegar?... Y sin embargo, esto es todo lo que Dios exige del alma en la obra de su santificación. Lo exige de los grandes y de los pequeños, de los fuertes y de los débiles; en una palabra: lo exige de todos, en todo tiempo y en todo lugar. Es pues verdad que no pide de nuestra parte otra cosa que lo que es factible y fácil, puesto que basta con mantener esta actitud fundamental tan sencilla para llegar a una eminente santidad.

Si, más allá de los mandamientos, Dios nos mostrase los consejos como un fin más perfecto a alcanzar, cuida Él siempre de acomodar la práctica de los mismos a nuestra situación y a nuestro carácter. Nos da, como signo principal de nuestra vocación a seguirlos, los atractivos de la gracia que nos facilitan su práctica. No mueve a cada uno sino en la medida de sus fuerzas y en la dirección de sus aptitudes. Una vez más ¿qué podríamos imaginar más equitativo y justo?

¡Oh vosotros todos, los que tendéis a la perfección y estáis tentados de desalentaros a la vista de lo que leéis en la vida de los Santos, y de lo que algunos libros de piedad prescriben; vosotros, los que os ago-

biáis a vosotros mismos con las ideas terribles que os formáis de la perfección!, para vuestra consolación es que quiere Dios que yo escriba esto. Aprended lo que parecéis ignorar.

Este Dios de bondad ha hecho fáciles y expeditas todas las cosas necesarias y comunes en el orden natural, tales como el agua, el sol y la tierra. Nada más necesario que la respiración, el sueño, el alimento; pero también nada más fácil. El amor y la fidelidad no son menos necesarios en el orden sobrenatural; por tanto es preciso que la dificultad para adquirirlos no sea tan grande como algunos la imaginan. Mirad vuestra vida: ¿de qué se compone? De una multitud de acciones de bien poca transcendencia. Pues bien, Dios quiere ciertamente contentarse con estas cosas tan intrascendentes. En la parte que corresponde al alma, en la obra de la perfección. Dios mismo nos lo dice demasiado claramente para que puedan aun quedarnos dudas: “Temed a Dios y observad sus mandamientos; en esto consiste todo el hombre” (Dent. 13,4). Vale decir, he ahí en qué consiste su fidelidad activa. Que él cumpla su parte, lo demás lo hará Dios. La gracia se reserva esta esfera de acción, y las maravillas que ella es capaz de obrar sobrepasan toda la inteligencia del hombre. Pues ni el oído oyó, ni el ojo vió, ni el corazón sintió lo que Dios concibe en su idea, resuelve en su voluntad, ejecuta por su poder, en las almas que se abandonan a Él.

La parte pasiva de la santidad es todavía mucho

más fácil, puesto que ella no consiste sino en aceptar lo que las más de las veces no se podría evitar, y en sufrir con amor, vale decir con consolación y suavidad, lo que demasiado a menudo se sufre con rabia y frustración.

Una vez más; he ahí toda la santidad. He ahí el grano de mostaza cuyos frutos no se recogen, porque no se sabe reconocerlo en su pequeñez. He ahí la drama evangélica, el tesoro que no se encuentra porque se lo supone demasiado lejos para buscarlo.

No me preguntéis cuál es el secreto para hallar este tesoro. No existe tal secreto. Este tesoro está por todas partes; se ofrece a todos, en todo tiempo, en todo lugar. Las criaturas amigas y enemigas lo derraman ante nosotros a manos llenas, y lo hacen deslizarse por todas las facultades de nuestros cuerpos y de nuestras almas hasta el centro de nuestros corazones. Abramos nuestra boca, y se verá colmada. La acción divina inunda el universo; penetra todas las criaturas, sobrenada por encima de ellas; en todas partes donde ellas estén, ahí está; se les adelanta, las acompaña, las sigue; sólo hay que dejarse llevar por sus ondas.

¡Quiera Dios que los reyes y sus ministros, y los príncipes de la Iglesia y del mundo, los sacerdotes, los soldados, los habitantes de las ciudades y los del campo, en una palabra, todos los hombres conozcan cuán fácil les sería llegar a una eminente santidad!

No se trata para ellos de otra cosa que de cumplir los meros deberes de su condición de cristianos y de

su estado, y de abrazar con sumisión las cruces que les están anexas, sometiéndose con fe y amor al orden de la Providencia en cuanto a todo lo que incessantemente se presenta para hacer o para sufrir, sin que ellos lo busquen. Tal es la espiritualidad que santificó a los patriarcas y a los profetas, antes de que se hubieran propuesto tantos métodos, y hubiese tantos maestros.¹ Es ésta la espiritualidad de todas las épocas y para todos los estados que ciertamente no podrían ser santificados de una manera más alta, más extraordinaria, más fácil que mediante el simple aprovechamiento de lo que Dios, el soberano director de las almas, les da a hacer o a sufrir en cada momento.

Nota:

Sería malinterpretar el pensamiento del autor suponer que quiere impulsar a las almas a internarse sin director por los caminos del espíritu. Él mismo afirma expresamente en otra parte que, para estar en condiciones de prescindir de un director, es menester haber sido primero dirigido hábilmente, y durante largo tiempo. Mucho menos aun es su propósito apartar de las prácticas usadas, en la Iglesia para la extirpación de los vicios y la adquisición de las virtudes. Lo que él quiere decir, y que nunca será suficientemente inculcado a los cristianos, es que la primera de todas las direcciones es la *conducción* por parte de la Providencia, y que la más necesaria y la más santificantes de todas las prácticas es el cumplimiento fiel y la amorosa aceptación de todo lo que esta paternal Providencia nos ordena hacer o sufrir. (*Nota del P. Henri Ramière, S.J. a la edición francesa.*)

Capítulo IV

La perfección no consiste en conocer el orden de Dios, sino en someterse a él

El orden de Dios, el beneplácito de Dios, la voluntad de Dios, la acción de Dios, la gracia, son una sola y misma cosa en esta vida. Es Dios que trabaja para hacer al alma semejante a Él. La perfección no es otra cosa que la cooperación fiel del alma a este trabajo de Dios. Este logro se produce en nuestras almas, se acrecienta en ellas, se intensifica y se consume en secreto y sin que ellas mismas lo sepan.

La teología está llena de concepciones y de expresiones que explican las maravillas de este logro en cada alma, en toda su extensión. Puede uno conocer todo esto especulativamente, hablar admirablemente de ello, escribir sobre ello, instruir y dirigir las almas, pero si sólo se tiene esto en el espíritu es pura teoría, frente a las almas que se benefician con los resultados del orden de Dios y de su divina voluntad aunque no dominen la teoría de ello ni conozcan todas sus partes ni puedan hablar acerca de ello, aquellos primeros se hallan, yo diría, como un médico enfermo frente a personas sencillas que gozan de perfecta salud.

El orden de Dios, su divina voluntad, recibida con sencillez por un alma fiel, obra en ella este resultado divino sin que ella lo advierta, al modo como un remedio tomado con docilidad obra la salud en un

enfermo que no sabe nada de medicina ni precisa saber. Así como es el fuego el que calienta, y no la filosofía de la naturaleza ni el conocimiento de los elementos y de sus efectos, así también es el orden de Dios, es Su voluntad, lo que genera la santidad en nuestras almas, y no la curiosa especulación acerca de este principio y de esa realización. Cuando uno tiene sed, para calmarla, ha de dejar los libros que explican lo que son el agua y la sed, y ponerse a beber. La curiosidad de saber no puede hacer otra cosa que causar aún más sed. Por eso, cuando alguien está sediento de santidad, la curiosidad de saber no sirve sino para alejarlo de ella. Hay que dejar de lado la especulación y beber con sencillez todo lo que el orden de Dios presenta en materia de acciones y de sufrimientos. Lo que en cada momento nos ocurre por disposición de Dios, eso es lo que hay de más santo, de mejor y demás divino para nosotros.

Capítulo V

Las lecturas y los demás ejercicios sólo nos santifican en tanto son para nosotros los canales de la acción de Dios

Toda nuestra ciencia consiste en conocer este orden del momento presente. Toda lectura que se

hace fuera del orden querido por Dios es perjudicial; es la voluntad de Dios y su orden lo que es gracia, y que obra en el fondo de nuestros corazones, tanto a través de nuestras lecturas como de todas nuestras demás obras. Sin este orden, las lecturas no son más que espejismos y apariencias vanas que, desprovistas para nosotros de la virtud vivificante del orden de Dios, sólo sirven para vaciar el corazón, en razón de la misma satisfacción que dan a la mente.

Cuando esta divina voluntad se cuele en el alma de una pobre jovencita ignorante, por medio de algunos sufrimientos o de algunas acciones muy ordinarias y comunes opera en el fondo de su corazón ese logro misterioso del ser sobrenatural, sin ocupar su espíritu con idea alguna apta para ensoberbecerla; mientras que en cambio el hombre soberbio que estudia los libros espirituales solamente por curiosidad, sin unir la voluntad de Dios a su lectura, no recibe sino la letra muerta sin el espíritu, y se seca y se endurece aún más.

El orden de Dios, su divina voluntad, es la vida del alma, cualquiera sea la apariencia bajo la cual el alma se la aplique o la reciba.

Cualquiera sea la relación que esta divina voluntad tenga con la inteligencia, ella nutre el alma, y la hace crecer siempre, dándole lo que es mejor en cada momento. No es concretamente esto o aquello lo que produce esos felices efectos, sino simplemente lo que constituye el designio de Dios en el momento presente. Aquello que era lo mejor hace un momento ya

no lo es más, porque ya no coincide con la voluntad de Dios, que ahora se nos presenta bajo otras apariencias, para hacer brotar el deber del momento presente, y es *este* deber, cualquiera sea la apariencia que asuma, el que es al presente lo que hay de más santificante para el alma.

Si la divina voluntad nos presenta como un deber presente el leer, entonces la lectura obra en el fondo del alma el resultado misterioso. Si la divina voluntad nos hace dejar la lectura en función de un deber de contemplación actual, entonces este deber es el que realiza en el fondo del corazón el hombre nuevo, y la lectura sería entonces perjudicial e inútil. Si la divina voluntad nos aparta de la contemplación actual, para aplicarnos a una ocupación exterior, y eso durante un tiempo considerable, este deber forma a Jesucristo en el fondo del corazón, y toda la dulzura y suavidad de la contemplación no serviría sino para destruirlo.

Es el designio de Dios lo que constituye la plenitud de todos nuestros momentos. Se va presentando bajo mil apariencias diferentes, las cuales, al ir constituyendo sucesivamente nuestro deber presente, forman, hacen crecer y consuman en nosotros al hombre nuevo, hasta la plenitud que la divina sabiduría nos ha destinado. Este misterioso crecimiento de la edad de Jesucristo en nuestros corazones es el logro producido por el designio de Dios: es el fruto de su gracia y de su voluntad divina.

Este fruto, como ya lo hemos dicho, se produce,

se acrecienta y se nutre por la sucesión de nuestros deberes presentes, que la misma voluntad de Dios va estableciendo. Cumpliendo estos deberes, estamos siempre seguros de poseer la mejor parte. No hay sino dejarla hacer, y abandonarse ciegamente a ella con una confianza perfecta. Es infinitamente sabia, infinitamente poderosa, infinitamente bienhechora para las almas que esperan en ella totalmente y sin reserva, que no aman y no buscan otra cosa que ella misma, y que creen, con una fe y una confianza inquebrantables, que lo que ella hace en cada momento es lo mejor, sin buscar por otra parte lo más o menos, y sin detenerse a considerar los aspectos concretos de los designios de Dios, la cual consideración no es otra cosa que una pura búsqueda del amor propio.

La voluntad de Dios es lo esencial, lo real y la virtud de todas las cosas; es ella la que las ajusta y las hace adecuadas al alma; sin ella, todo es vacío, nada, mentira, vanidad, letra muerta, cáscara y muerte. La voluntad de Dios es la salvación, la salud, la vida del cuerpo y del alma, cualquiera sea la apariencia que ofrezca el tema al cual se aplica.

No hace falta, pues, tomar en consideración las relaciones que las cosas tienen con el espíritu y con el cuerpo para juzgar de su virtud, puesto que estas relaciones importan poco. Es la voluntad de Dios la que da a las cosas, cualesquiera ellas sean, la eficacia para formar a Jesucristo en el fondo de nuestros corazones. No hay que poner en manera alguna normas a

esta voluntad, ni señalarle límites, porque ella es todopoderosa.

Tenga el espíritu las ideas que le plazca, sienta el cuerpo lo que pueda, así sean para el primero solamente distracciones y turbaciones, y para el segundo enfermedades y muertes, lo mismo esta divina voluntad es siempre, sin embargo, para el momento presente, la vida del cuerpo y del alma; pues en último término el uno y la otra, cualquiera sea el estado en que se hallen, no se sostienen sino por ella. Sin ella el pan es un veneno; con ella el veneno se convierte en un remedio saludable. Los libros sin ella no hacen sino cegar, mientras que con ella la confusión se convierte en una luz. Ella constituye el todo, lo bueno y lo verdadero de todas las cosas. En todo, ella nos da a Dios, y Dios es el ser infinito que colma plenamente al alma que lo posee.

Capítulo VI

La inteligencia y los demás medios humanos sólo son útiles en la medida en que sirven de instrumento a la acción divina.

La mente, con todo lo que de ella depende, quiere ocupar el primer lugar entre los medios divinos; hay que reducirla al último, como si se tratara de un

esclavo peligroso, que no es de fiar. El corazón sencillo, si sabe utilizarla, puede sacar de ella gran provecho; pero no es menos cierto que también puede estorbar mucho, si no está bien sujeta. Cuando el alma se afana por los medios creados, la acción divina le dice al corazón que ella sola le basta; cuando en cambio quiere renunciar a destiempo a ellos, la acción divina le dice que no son sino instrumentos que no han de ser tomados ni dejados por sí mismos, sino que hay que recibirlos de ella y adecuarlos con sencillez al designio de Dios, usando de todo como si no usásemos de nada, estando privados de todo como si nada nos faltase.

Puesto que la acción divina es de una plenitud sin límites, no puede ella apoderarse de un alma sino en tanto en cuanto esa alma está vacía de toda confianza en su propia acción, pues tal confianza es una falsa plenitud que excluye la acción divina.

He ahí el obstáculo que más la detiene: el que encuentra en el alma misma; pues en lo que atañe a los obstáculos exteriores la acción divina sabe, cuando le place, convertirlos en medios. Todo le sirve, y al mismo tiempo todo le es igualmente inútil. Todo es nada sin ella, y por ella la misma nada es todo. Sean lo que fueren en sí mismas la meditación, la contemplación, las oraciones vocales, el silencio interior, los actos de las potencias ya sea sensibles, o distintos, o menos percibidos, el retiro o la acción, siempre lo mejor de todo eso para el alma es todo lo que Dios quiere en el momento presente, y el alma debe mirar

todo eso con una perfecta indiferencia, como si no fuese absolutamente nada.

Así, no viendo sino a Dios en todas las cosas, el alma debe tomarlas y dejarlas todas ellas según el divino beneplácito, para no vivir ya, ni nutrirse, ni esperar sino de esa Voluntad divina, y no de las cosas que sólo por Dios tienen alguna fuerza o virtud. Debe decir en cada momento y frente a cada cosa o circunstancia lo que San Pablo: “Señor, ¿qué queréis que haga?”. Y no esto o aquello, sino ¡todo lo que queráis!. El espíritu ama tal cosa, el cuerpo tal otra: yo, Señor, no quiero otra cosa que vuestra santa Voluntad. La oración, la acción, la plegaria vocal o mental, en actos o silencio, en la fe oscura o en luces, en distinción de especies o en gracia general, todo eso, Señor, es nada, pues vuestra Voluntad es lo único que vale en todo ello. Ella sola es lo que constituye el objeto de mi devoción, y no las cosas, por más elevadas y sublimes que sean, porque es la perfección del corazón y no del espíritu o de la mente lo que constituye el término de la gracia.

La presencia de Dios que santifica nuestras almas es esa inhabitación de la Trinidad que se da en el fondo de nuestros corazones, cuando éstos se someten a la divina Voluntad; pues la presencia de Dios, que se concreta por el acto de la contemplación, no realiza en nosotros esta unión íntima de otra manera que como todas las demás cosas que pertenecen al designio de Dios. Tiene empero el primer lugar entre ellas, porque es el medio excelente para unirse a

Dios, cuando la divina Voluntad ordena que se haga uso de él.

No hay pues nada que no sea legítimo en la estima y el amor que tenemos por la contemplación y los demás ejercicios de piedad, con tal que esta estima y este amor se remonten íntegramente al Dios infinitamente bueno que ciertamente quiere servirse de estos medios para darse a nuestras almas. Al recibir al séquito de un príncipe se recibe al mismo príncipe, y sería hacerle una grave injuria no demostrar ningún aprecio por sus ministros, so pretexto de apreciarlo sólo a él.

Capítulo VII

No hay paz estable sino en la sumisión a la acción divina

El alma que no se adhiere únicamente a la Voluntad de Dios, tampoco encontrará su contento ni su santificación en los diversos medios que podrá probar y ni siquiera en los ejercicios más excelentes. Si lo que Dios mismo elige para vosotros no os basta, ¿qué otra mano podrá servirnos mejor que la suya? Si os disgusta un manjar que la mismísima divina Voluntad ha preparado, ¿qué alimento no resultará insípido para un gusto tan depravado? Un alma no

puede ser verdaderamente nutrida, fortificada, purificada, enriquecida, santificada sino por esta plenitud del momento presente. ¿Qué más queréis entonces? Puesto que halláis allí todos los bienes, ¿por qué buscarlos en otra parte? ¿O acaso tenéis mejor juicio que Dios? Puesto que Él ordena que ocurra así, ¿podráis desear que fuese de otra manera? ¿Acaso su sabiduría y su bondad pueden engañarse? Desde el momento en que ellas hacen o disponen una cosa, ¿no debéis estar plenamente convencidos de que ella es excelente? ¿O pensáis encontrar la paz poniéndoos a luchar con el Todopoderoso? ¿Acaso no es, por el contrario, esta lucha -que renovamos con demasiada frecuencia y casi sin confesárnoslo a nosotros mismos- lo que es la causa de todas nuestras agitaciones?

Justo es, en verdad, que el alma que no se satisface con la plenitud divina del momento presente sea castigada con la impotencia para hallarse contenta con cualquiera otra cosa. Si los libros, los ejemplos de los santos, los discursos espirituales quitan la paz; si llenan sin saciar, ello es una señal de que uno se ha apartado del puro abandono a la acción divina y llena el alma con esas cosas buscadas por ellas mismas, y no en tanto en cuanto responden a la Voluntad de Dios. Su plenitud entonces cierra la entrada a Dios, y hay que vaciarse de ellas como de otros tantos obstáculos a la gracia. Cuando en cambio es la acción divina la que dispone estas cosas, entonces el alma las recibe como todo lo demás, vale decir como designio de Dios. Las deja tales como son, y sólo toma de ellas

el simple uso para ser fiel a lo que Dios en ese momento quiere, y una vez que el momento de los pensamientos y discursos ha pasado, los abandona para contentarse con el momento siguiente. Pues no hay en efecto, que sea verdaderamente bueno para mí, sino la acción emanada del designio de Dios. En ninguna parte puedo encontrar otro medio, por bueno que sea en sí mismo, que sea más apropiado para mi santificación y más apto para darme la paz.

Capítulo VIII

La perfección de las almas y la excelencia de los diversos estados se miden según la fidelidad al designio de Dios

El orden querido por Dios da a todas las cosas, para el alma que a él se conforma, un valor sobrenatural y divino todo lo que tal designio impone, todo lo que él encierra, y todos los objetos a los cuales se extiende se convierten en santidad y perfección, pues su virtud no tiene límites; diviniza todo lo que toca.

Pero, para no desviarse ni hacia un lado ni hacia el otro, es menester que el alma no siga ninguna inspiración que ella crea haber recibido de Dios, antes de haberse asegurado de que esta inspiración no se aparta de los deberes propios de su estado. Pues estos deberes son la manifestación más cierta del orden de

Dios, y nada debe preferírseles; allí no hay nada que temer, nada que excluir, nada que distinguir. Los momentos dedicados al cumplimiento de sus deberes son para el alma los más preciosos y los más saludables, por eso mismo de que le dan la certeza indudable de que está cumpliendo el beneplácito de Dios.

Toda la virtud de lo que se llama santo reside en esta conformidad con el designio de Dios; por eso no hemos de rechazar nada, ni buscar nada, sino tomar todo lo que viene de su mano, y nada sin Él. Los libros, los consejos de los sabios, las oraciones vocales, los afectos interiores, si el designio de Dios los dispone, todo eso instruye, dirige, une. Se equivoca el quietismo cuando desdeña esos medios y todo lo sensible, pues hay almas a las que Dios quiere hacer caminar siempre por esta vía, y sus estados y sus atractivos lo denotan con bastante claridad. En vano imagina uno maneras de abandono de las que quede excluida toda la actividad propia; cuando el designio divino mueve a obrar, la santidad está en la actividad.

Además de los deberes que a cada uno impone su estado, Dios puede aun pedir determinadas acciones que no se hallan incluidas en tales deberes, aunque en manera alguna les sean opuestas. El atractivo y la inspiración son entonces la señal del orden divino, y lo más perfecto para las almas que Dios así conduce consiste en añadir a las cosas mandadas las cosas inspiradas, pero con las precauciones que la inspiración exige para no afectar con ello a los deberes de estado ni a las cosas que son del orden de la pura

Providencia.

Dios forma a los santos como a Él le place; es su designio el que los conforma a todos y todos están sujetos a este designio divino. Esta sumisión es el verdadero abandono, y el más perfecto.

El cumplimiento de los deberes de estado y la aceptación de las disposiciones de la Providencia, he ahí el común denominador de todos los santos. Viven ocultos en la oscuridad, pues el mundo es tan funesto que ellos evitan sus escollos, pero no es en eso en lo que hacen consistir su santidad; ésta se cifra toda entera en su sumisión a los designios de Dios. Cuanto más absoluta se hace esta sumisión, más se santifican. No hay que creer que aquellos en quienes Dios hace brillar las virtudes a través de acciones singulares y extraordinarias, y de atractivos e inspiraciones libres de toda sospecha, vayan por eso menos por la vía del abandono. Desde el momento en que la voluntad de Dios les pone delante como un deber esas obras espectaculares, no estarían realmente abandonados a Dios y a ésa su Voluntad, y ella no sería realmente dueña de todos sus momentos y éstos no se identificarían con la Voluntad de Dios, si los tales se contentasen con los deberes de su estado y las cosas de pura Providencia. Es preciso que se extiendan y se midan según la extensión de los designios de Dios, en ese camino que les es intimado por el atractivo. Es preciso que miren esa inspiración como un deber, y que le sean fieles. Y así como hay almas para las cuales todo el deber está señalado por una ley exterior, y

que deben mantenerse dentro de esos límites, porque el beneplácito de Dios las encierra en ellos, así también es preciso que estas otras, además del deber exterior, sean también fieles a esa ley interior que el Espíritu Santo graba en sus corazones.

Pero ¿quiénes son los más santos? Es pura y vana curiosidad tratar de saberlo. Cada cual debe seguir el camino que le ha sido trazado. La perfección consiste en someterse plenamente al orden de Dios, y no dejar escapar nada de cuanto en él se halla de más perfecto. La comparación de los diversos estados considerados en sí mismos no nos sirve de nada, ya que no es en la cantidad ni en la calidad de las cosas ordenadas en donde hay que buscar la santidad. Si el amor propio es el principio que nos mueve a obrar, o si no lo rectificamos cuando nos damos cuenta de sus manejos, seremos siempre pobres en la abundancia que no proviene del designio de Dios. Empero, para decidir en cierta manera la cuestión, pienso que la santidad está en relación directa con el amor que se tiene al beneplácito de Dios, y que cuanto más se aman esa Voluntad y ese designio, cualquiera fuera la naturaleza de que concretamente ordenan, más hay allí de santidad. Y esto se ve en Jesús, en María y en José; pues, en sus vidas particulares, hay más de amor que de grandeza, más de forma que de materia. Y no se escribe que estas personas tan santas hayan buscado la santidad de las cosas, sino sencillamente la santidad en las cosas.

Preciso es pues concluir que no hay una vía en

particular que sea la más perfecta, sino que lo más perfecto, en general, es la sumisión a la Voluntad de Dios, ya sea en el cumplimiento de los deberes exteriores, ya en las disposiciones interiores.

Creo que si las almas que tienden seriamente a la santidad fuesen instruidas acerca de esta conducta que deben tener, se ahorrarían muchos trabajos y sufrimientos. Lo mismo digo de las personas del mundo y de las almas entregadas a la divina Providencia. Si las primeras supiesen el mérito que se esconde en las cosas que tienen a la mano en cada momento, quiero decir en sus deberes cotidianos y en las acciones ordinarias de su estado; si las segundas pudieran persuadirse de que el fondo de la santidad consiste en las cosas de las que no hacen caso, y que incluso miran como si les fuesen ajenas; si unas y otras comprendieran que, para elevarse al más alto grado de la perfección, las cruces providenciales, que su estado les proporciona a cada momento, les abren un camino mucho más seguro y más corto que los estados y obras extraordinarios; si comprendieran que la verdadera piedra filosofal es la sumisión a la Voluntad de Dios, que cambia en oro divino todas sus ocupaciones, sus dificultades, sus sufrimientos ¡cuán dichosas serían! ¡Qué consolación y qué ánimo sacarían de esta consideración de que, para adquirir la amistad de Dios y todas las glorias del cielo, no hay que hacer otra cosa que lo que hacen, ni sufrir más que lo que sufren; que eso que ellas desperdician, y que no tienen en cuenta, bastaría para alcanzarles una santidad

eminente!

¿Cuánto desearía yo, oh Dios mío, ser el misionero de esta santa Voluntad, y enseñar a todos que nada hay tan fácil, ni tan común, ni tan presente en las manos de todos como la santidad! ¡Cómo quisiera poder hacerles comprender bien que, así como el buen y el mal ladrón no diferían en lo que tenían que hacer y que sufrir para hacerse santos, de igual manera dos almas, de las cuales una es mundana y la otra interior y espiritual, no tienen más que hacer y que sufrir la una que la otra, y aquella que se santifica adquiere la felicidad eterna haciendo por sumisión a vuestra Voluntad eso mismo que la otra que se condena hace por seguir su fantasía, mientras que esta última se condena sufriendo con pesar y con rezongos eso mismo que la que se salva soporta con resignación! Es pues la disposición interior, el corazón, lo único que es diferente.

¡Oh, amadas almas que esto leéis!, no os costará más (tender a la santidad): haced lo que ahora hacéis, sufrid lo que ahora sufrís,; sólo se trata de que cambiéis el corazón. Lo que se entiende por *corazón* es la voluntad, la disposición interior. Este cambio consiste pues en *querer* lo que nos llega por designio de Dios. Sí, la santidad del corazón es un simple *fiat*, una sencilla disposición de la voluntad conformándose con la de Dios: ¿que puede haber más fácil? Pues ¿quién no podrá amar una Voluntad tan amable y tan buena? Amémosla pues, y por ese solo amor todo en nosotros se tornará divino.

Capítulo IX

Todas las riquezas de la gracia son el fruto de la pureza de corazón y del perfecto abandono

Aquel pues que quiere gozar de la abundancia de todos los bienes no tiene que hacer sino una cosa: purificar su corazón, desapegarse de las criaturas y abandonarse enteramente a Dios. En esta pureza y este abandono encontrará todas las cosas. ¡Qué los demás, Señor, os pidan toda clase de dones, multiplicando sus palabras y sus ruegos; en lo que a mí toca, Dios mío, no os pido sino un único don, y no tengo más que esta sola súplica para haceros: Dame, Señor. un corazón puro! ¡Oh corazón puro, qué dichoso eres! Pues ves a Dios en Sí mismo, por la vivacidad de tu fe. Lo ves en todas las cosas y lo ves en todo momento, obrando dentro y fuera de ti. Eres en todo su súbito y su instrumento. El te conduce en todo y te conduce a todo. Las más de las veces ni siquiera piensas en ello, pero El piensa por ti. Lo que te ocurre y debe ocurrirte en virtud de su designio, basta con que lo desees; Él oye tu preparación. En tu saludable ceguera, si tratas de discernir en tí mismo este deseo, no lo ves. Pero Él sí lo ve bien. ¡Qué simple eres! ¿Ignoras acaso lo que es un corazón en el que se halla Dios. Al ver en ese corazón sus propias inclinaciones, Dios sabe bien que siempre permanecerá sumiso a sus designios. Sabe también que apenas sí sabes lo que te es útil, y por eso Él mismo se ocupa

de dártelo. Poco le importa si para ello te contraría: pensabas ir al Oriente, y te conduce a puerto. Sin conocer mapas, ni rutas, ni vientos, ni marea, con Él no haces sino viajes felices. Si los piratas surgen y aumentan ante ti, un inesperado golpe de viento te pone en un instante fuera de su alcance.

¡Oh, buena voluntad!, ¡oh corazón puro!, cuán bien supo Jesús ponerte en tu lugar cuando te colocó entre las bienaventuranzas! ¿Qué felicidad hay más grande que la de poseer a Dios al mismo tiempo que somos recíprocamente poseídos por Él? ¡Estado delicioso y lleno de encanto! En él duerme uno apaciblemente en el regazo de la Providencia; en él juega inocentemente con la divina Sabiduría, sin inquietarse por la travesía, que no sufre interrupción alguna y que, a través de los escollos y de los piratas y entre las continuas tormentas, se cumple siempre de la manera más feliz.

¡Oh, corazón puro! ¡Oh, buena voluntad!, eres la única base y fundamento de todos los estados espirituales. Es a ti que son dados los dones de la pura fe, de la pura esperanza, de la pura confianza y del puro amor, y es por ti que tales dones aprovechan. Eres el trono sobre el cual se injertan las flores del desierto, quiero decir esas gracias preciosas que solamente se ven florecer en esas almas enteramente desapegadas, en las que Dios como en un paraje deshabitado, constituye su morada, con exclusión de todo otro objeto. Eres esa fuente fecunda de donde parten todos los arroyos que vienen a regar el vergel del esposo y el

jardin de la esposa. Y tienes pleno derecho a decir a todas las almas: "Miradme bien, soy yo quien produce el amor hermoso, ese amor que discierne lo que hay de mejor para allí detenerse; yo quien hace nacer ese temor suave y eficaz, que da el horror al mal y hace evitarlo sin turbación; yo quien hace que se abran las hermosas nociones que nos descubren las grandezas de Dios y el valor de la virtud que lo honra; yo, por último, de donde se elevan esos ardientes deseos, animados sin cesar por una esperanza santísima, que hace practicar constantemente el bien en espera de ese divino objeto cuyo gozo debe constituir un día, como ahora pero de una manera mucho más deliciosa, la felicidad de las almas fieles".

Puedes invitarlas a todas a reunirse junto a ti -¡oh, corazón puro!, ¡oh, buena voluntad!- para enriquecerse con tus inagotables tesoros. Todos los estados, y todos los caminos espirituales, a ti se reducen. Y es en ti donde toman lo que tienen de bueno, de atraente, de encantador; de ti lo sacan como de una fuente. Esos frutos maravillosos de gracias y de virtudes de toda clase que vemos brotar por todas partes, en tales caminos, y de los que se nutren quienes por ellos andan, no son sino productos de tu tronco. Sobre tus tierras es donde manan los ríos de miel; tus pechos son los que destilan la leche; en tu seno es donde se recoge el ramillete de mirto, y es sobre tus dedos donde se ve correr, en toda su pureza, el licor que de ti mana como de un lagar.

¡Animo pues, queridas almas, corramos y volemos a este mar de amor que nos llama! ¿Qué esperamos? Vayamos ya mismo; vámonos a perdernos en Dios, en su mismo Corazón, para embriagarnos de su caridad. Encontraremos en ese Corazón la llave de los celestiales tesoros. Emprendamos ya nuestra ruta hacia el cielo. No hay lugar tan secreto a donde no podamos penetrar. Nada nos estará cerrado, ni el jardín, ni la bodega, ni la viña. Si queremos respirar el aire del campo, sólo de nosotros dependerá el encaminar hacia allí nuestros pasos; finalmente, iremos y vendremos, entraremos y saldremos a nuestra guisa, con esta llave de David, con esta llave de la ciencia, con esta llave del abismo en donde están encerrados los tesoros escondidos y profundos de la Sabiduría divina. Es asimismo con esta divina llave con la que se abren las puertas de la muerte mística y de sus sagradas tinieblas. Mediante ella es como se descende a los lagos profundos y a la fosa de los leones. Ella es la que empuja a las almas a esas cárceles oscuras para luego sacarlas de allí sanas y salvas. Ella es la que nos introduce en esa feliz región donde la inteligencia y la luz ponen su morada, donde el Esposo toma al fresco la siesta del mediodía, y donde revela a sus fieles esposas los secretos de su amor. ¡Oh divinos secretos, que no es lícito revelar y que ninguna boca mortal puede expresar!.

¡Amemos pues, queridas almas! Todos los bienes, para enriquecernos, no esperan sino al amor. El amor da la santidad, da todo lo que la acompaña; ella está

a su izquierda y a su derecha, para hacerla manar por todas partes en los corazones abiertos a todas las divinas efusiones. ¡Oh divina semilla de la eternidad, jamás serás suficientemente elogiada! Mas ¿por qué hablar tanto de ti? Mejor es poseerte en el silencio, que alabarte con meras palabras. ¿Qué estoy diciendo? Es preciso alabarte, pero no es posible hacerlo sino en la medida en que se está poseído por ti. Pues, desde el momento en que tomas posesión de un corazón, para él leer, escribir, hablar, obrar, o hacer todo lo contrario, son una y la misma cosa. No se desea nada, ni se evita nada; se es anacoreta o apóstol, sano o enfermo, simple o elocuente; en una palabra, se es todo aquello que tú, amor divino, quieres que sea. Lo que tú dictas al corazón, éste, tu fiel eco, lo repite a las demás facultades. Pues en este compuesto material y espiritual que te dignas mirar como tu reino, es el corazón el que reina soberano bajo tus auspicios, y como no tiene ya otros instintos que aquellos que tú le inspiras, todo objeto le place en cuanto que eres tu quien se lo ofrece. Mientras que aquellos otros objetos que la naturaleza o el demonio quisieran sustituir a los que tu le presentas, no hacen sino disgustarlo y sólo le causan horror. Y si alguna que otra vez permites que se deje sorprender por ellos, no es sino para hacerlo más sabio y más humilde; pero desde el momento en que reconoce su ilusión se vuelve a ti con más amor, y se une a ti con más fidelidad.